

medio esclarezco mi entendimiento: *accedite ad Deum et illuminamini*; me preservo del pecado: *magna armatura est oratio*: me purifico cada día más y multiplico mis méritos y títulos á las divinas recompensas. Pero si lo rezo con descuido privo á los fieles y á toda la Iglesia de las gracias que con derecho esperan conseguir por mi oración; quito á mi ministerio la causa principal de su eficacia, y si mi negligencia llega á ser habitual es imposible enumerar las faltas que de ella resultarán.

MEDITACIÓN XXII

Empeño del buen sacerdote para satisfacer dignamente al deber de la oración pública

- I. Se prepara para tan santa función.
- II. Se entrega del todo á ella mientras la cumple.

PUNTO I

Se prepara para rezar el Oficio Divino

Toda oración debe ir precedida de la preparación (1).

Mas el rezo del breviario, del cual dependen intereses inmensos, exige que nos preparemos á él con un cuidado especial, y esto se consigue de dos modos, esto es: removiendo los obstáculos y tomando los medios oportunos.

1.º Remover los obstáculos. Hé aquí los principales. Ante todo lo rezamos á veces con desanimación y desgana por la falsa persuasión en que estamos de que no sacaremos de él ninguna ventaja. Pero decidme ¿dónde está escrito que uno no pueda enriquecerse de los dones de Dios sin saborearlos?

Las gracias sensibles no son las más preciosas, y los santos siempre han preferido cualquier sacrificio, aunque ligero, á los más dulces consuelos. «El ver-

(1) *Ante orationem præpara animam tuam, et noli esse quasi homo qui tentat Deum.* (Eccli., XVIII, 23.)

dadero modo de servir á Dios, dice San Francisco de Sales, consiste en marchar en pos de Él por el camino del espíritu, sin ningún apoyo de luces ó consuelos sensibles, sino sostenidos única y sencillamente por la fe.» Dios suele conducir á menudo por el camino de la sequedad á los que escoge para las duras fatigas del Apostolado. ¿Hay por ventura oración más meritoria que la constancia en resistir á las tentaciones?

A veces sucede que se considera semejante ejercicio como una ocupación secundaria y se experimenta disgusto por el tiempo que se emplea en ella. De esto proviene el aplazar el rezo del breviario hasta el anochecer y aún más tarde, cuando á uno ya le molesta el sueño: y ojalá no suceda que se escoja para el rezo el tiempo y el lugar menos á propósito, porque entonces sería de todo punto imposible el recogimiento.

Otros hay que siempre están agobiados por los quehaceres, siempre tienen otros asuntos más apremiantes, olvidando que *unum est necessarium* (1). *Si queritis, quærite* (2). ¿Acaso ya no recordáis que el Oficio Divino es el oficio por excelencia? *Nihil tam divinum quam officium*. Si el fin del hombre consiste en alabar y glorificar á Dios ¿qué no deberá hacer para conseguir este fin el cristiano, el sacerdote?

A veces no falta quien mira el Oficio Divino como un deber oneroso al cual hay que someterse por una dura é inevitable necesidad. Por esto lo cumple con tristeza y se descarga de él como de un gran peso. ¿Así aprecio yo el sublime honor que me cabe de representar á la Iglesia, de defender sus intereses y ejercer en la tierra el oficio que los ángeles ejercen en el Cielo? Vuestra conversación, Dios mío ¿no tendrá para mí sino tedio y amargura? ¿Y cómo os podrán agradar homenajes tan forzados? *Non ex tristitia, aut ex*

(1) Luc., X, 42.

(2) Isai., XXI, 12.

necessitate: hilarem enim datorem diligit Deus (1).

2.º Los medios de que nos hemos de servir se refieren á la preparaci3n remota y á la pr3xima. A la primera pertenecen el recogimiento habitual, la idea grande que nos hemos de formar de un ejercicio tan honroso 6 importante, y el empeño en estudiar los salmos para poder penetrar m3s íntimamente los sentimientos que expresan.

A la segunda pertenecen el retrainimiento de las criaturas para recogerlos únicamente en Dios cuando se aproxima el tiempo del rezo: *Relinquo mundum et vado ad Patrem* (2). Jam3s entremos á conferenciar con Dios sin haber antes reflexionado sobre lo que vamos á hacer, y sin que la calma suceda á la agitaci3n de nuestro esp3ritu. Despues de habernos recogido por breves instantes, humillémonos ante la grandeza de Dios, de nuestra nada, y el recuerdo de nuestras culpas. Purifiquémonos con un acto de arrepentimiento y pidamos la gracia de santificar esos momentos de nuestra vida que vamos á consumir delante del Señor, como cera sobre el altar.

Todos estos afectos los hallaremos en la oraci3n *Aperi Domine* si, rezándola pausadamente, nos penetramos del sentido de cada palabra. En efecto ¿á qui3n la dirigimos? á Dios, ¡*Domine!* ¡Cuánto respeto merece este Señor tan grande y adorable! ¿Qué le pedimos? *Aperi os meum*. Pues ¿qué ¿no podremos hacer esto por nosotros mismos? No, porque se trata de bendecirle y cantar sus alabanzas: *ad benedicendum nomen sanctum tuum*; y comercio tan santo con la divinidad no se concede sino á un coraz3n puro. ¿El vuestro cómo está? *Munda quoque cor meum*. Y aunque nuestra pureza igualase á la de los ángeles, ser3a todav3a necesario que el Esp3ritu Santo iluminase nuestro entendimiento para hacernos m3s aptos á cumplir dignamente y con fruto

(1) II Cor., IX, 7.

(2) Joan., XVI, 28.

el ejercicio que vamos á empezar: *intellectum illumina, affectum inflamma*.

Unid pues, vuestras intenciones á las de Jesucristo y pedidle una centella de aquel amor que hac3a tan eficaces y meritorias sus plegarias: *Domine, in unione illius divinæ intentionis.....*

PUNTO II

Se aplica totalmente al rezo del breviario

La Iglesia nos manda que celebremos las alabanzas divinas *studiose, ac devote*, y en virtud de esto quiere que cumplamos este precepto suyo con grande celo, empleando en ello la lengua, el esp3ritu y el coraz3n.

Officium oris.—Pronunciando clara y pausadamente. Trátase aqu3 de la sustancia del precepto: el omitir sílabas y mutilar las palabras 6 los versículos es una rapiña en el holocausto. Porque ¿cómo puede ser respetuoso y digno de Dios ese rezo precipitado en que la lengua se adelanta á la mente? (1). Los religiosos en el coro suelen cantar el Oficio en voz alta y desplegada: *Non parcentes vocibus..... Non remissis vocibus.....* (2). Y aun cuando fuera menester á veces conservar nuestras fuerzas para el ejercicio de nuestro ministerio, no ser3a esto parte para que fuéramos irreverentes para con Dios mientras le hablamos, sino más bien para que nuestras disposiciones interiores fuesen más perfectas.

Officium mentis.—El oficio de la mente consiste en la atenci3n, *attente*.

Bourdaloúe sienta este luminoso principio: «Imponiéndome la Iglesia el Oficio Divino, me impone un culto racional, y no puede ser tal aquel en que la raz3n no toma parte. Pues ¿qué parte puede tomar la raz3n donde no interviene la atenci3n?.... Ser3a pues, forzoso deducir que el que voluntariamente reza distraído, comete el mismo pecado que

(1) *Ut plerumque mentem lingua præveniat*. (Conc. Rem. ann. 1585, tit. III).

(2) San Bernardo, Serm. 47. *in Cant.*

cometería no rezando el Oficio Divino» (1). Si pido á Dios que me escuche ¿puedo hacer menos que no oír yo mismo mi oración? *Quomodo te audiri a Deo postulas, cum te ipsum non audias? Vis esse Deum memorem tui, cuando tu ipse memor tui non sis* (2)....

Al tratar este punto se suelen distinguir tres clases de atención. *Ad verba, ad sensum, ad Deum*. Aunque la primera sea por sí misma la menos excelente, sin embargo dispone casi siempre á la segunda, que es la más perfecta. Esta atención que ponemos al sentido de los sagrados cantares, nutre el espíritu é inflama la piedad con los pensamientos y afectos que excita, proporcionándonos la ocasión y el mérito de hacer un número extraordinario de actos de fe, de esperanza, de amor y de todas las virtudes, de cuyos actos los salmos nos ofrecen á cada paso maravillosas fórmulas. Sin embargo, podemos contentarnos con la tercera clase de atención, mediante la cual nos ocupamos en Dios á quien hablamos, en el misterio que se celebra.... en alguna virtud que más nos cautiva ó necesitamos, y también en alguna gracia que deseamos para nosotros ó para los demás.

Este modo de orar es el más útil y provechoso y al mismo tiempo el más hacedero, porque en él toma más parte el corazón que el entendimiento. Muy útil nos será, sobre todo, cuando estemos oprimidos por el trabajo ó nos encontremos molestados por las distracciones y devaneos de nuestra fantasía.

Officium cordis.—Hé aquí la devoción, *devote*. En este homenaje, en este sacrificio que yo ofrezco á Dios, el corazón y el espíritu deben ir de común acuerdo; porque si no, mi atención no sería más que una mera especulación, y mi oración carecería de mérito, dimanando éste de los afectos del corazón. ¿De qué sirve, pregunta oportunamente San Agustín, el ruido de las palabras si el corazón está mudo?

El del buen sacerdote no lo está en el rezo de esos hermosos cánticos que pronuncia como fiel expre-

(1) *Retraite. Consid. sur l'office divin.*

(2) San Cipriano, *de Orat. Domin.*

sión de sus propios afectos y sentimientos: *Si gemit psalmus, gemite: si orat, orate; si gratulatur, gaudete: si sperat, sperate; si timet, timete* (1).

Pero ¿cómo conservaremos y podremos reavivar el fervor durante el rezo del Oficio Divino? Al comenzar, preguntémonos con San Bernardo: *Ad quid venisti?.... ¿qué vas á hacer?* Convoquemos luego todas las facultades de nuestra alma para que concurren á este piadoso acto: *Venite, exultemus Domino....* Reanimemos nuestra piedad siempre al pronunciar el *Deus in adiutorium meum*, el *Gloria Patri*, ó la palabra *Oremus*, con la que nos excitamos á los deseos santos. Elevemos nuestro espíritu al Cielo. *Statue Jesum ad dexteram tuam, et Mariam ad sinistram tuam, et omnes sanctos in circuitu* (2). Sobre todo, hay que renovar á menudo nuestra unión con Jesucristo, el cual ora con nuestra lengua y con nuestro corazón, porque El, según dice San Agustín, ruega por nosotros como nuestro pontífice, ruega en nosotros como nuestro Jefe, á la par que escucha nuestros ruegos y súplicas.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Hay que prepararse para el rezo del Oficio Divino*. Quitando los obstáculos, tomando los medios. 1.º Hé aquí los principales obstáculos. A veces emprendemos esta acción con desaliento, porque nos vemos acometidos por un sin número de distracciones; pero no hemos de olvidar que de la resistencia á las tentaciones sacamos á veces más mérito que de la misma oración. Otros miran este rezo como una ocupación accesoria y secundaria; mientras que por el contrario, de ella, como de un manantial, sacan las otras su eficacia y su valor. Otros consideran esta obligación como

(1). Qué impresión hacían los salmos en el ánimo ardiente de este Doctor, lo dice él mismo en el libro IX, c. 6 de sus Confesiones: *Quantum flevi in hymnis et, canticis tuis suave sonantis Ecclesie tue vocibus commotus acriter! Voces illae infuebant in auribus meis, et eliquebatur veritas in cor meum, et exestuabat inde pietatis affectus, et currebant lacrymæ, et bene mihi erat cum eis.*

(2) Thom. a Kemp.

una carga muy pesada; mientras que es para mí una grande honra; y si quiero, fuente de inmensos consuelos. 2.º Medios: Preparación *remota*, recogimiento, estudio de los salmos: *próxima*, esperar la hora del rezo con grandes deseos, apartarse de las criaturas: *Relinquo mundum et vado ad Patrem*; penetrar el sentido de la oración, *Aperi, Domine.....*

PUNTO SEGUNDO.—*Aplicarse por completo al rezo del breviario*. Dedicaré á ella la boca, el espíritu y el corazón. *Officium oris*, pronunciación clara; *officium mentis*, atención; *attente*. Hay que distinguir tres clases de atención: *ad verba, ad sensum, ad Deum*. *Officium cordis*, que es la devoción *devote*. ¿De qué sirve el ruido de las palabras si el corazón está mudo?

MEDITACIÓN XXIII

El pensamiento de la eternidad, medio poderoso de santificación

- I. Hay una eternidad.
- II. ¿Qué es la eternidad?
- III. ¿Cuál será mi eternidad?

La mayor parte de las meditaciones de esta primera sección y las que siguen inmediatamente, tienen por objeto revestir la idea de la eternidad con los colores más fuertes, para que de esta suerte el alma se determine á abrazar los sacrificios que Dios exige de ella. Penetrémonos pues, vivamente de esta verdad tan saludable.

PUNTO I

Hay una eternidad

Jamás llegaremos á meditar suficientemente este artículo de fe tan consolador para los justos, y tan tremendo para los pecadores. Mis pasiones intentarán á menudo oscurecerlo, pero en vano; por más que yo cierre los ojos no desaparecerá la luz del sol.

La razón me asegura que mi alma es inmortal y la revelación me promete, con la resurrección

de mi cuerpo, la futura inmortalidad, la eternidad de todo mi sér: *Credo..... carnis resurrectionem, vitam æternam. Et ibunt hi in supplicium æternum; justi autem in vitam æternam* (1). Sí, Dios mío, apoyado en la autoridad de vuestra palabra y en la infalibilidad de la Iglesia, yo creo que después de este tiempo en que todo caduca, entraré en la inmutable eternidad.

Pasarán el cielo y la tierra que son obra de vuestras manos; mas Vos, oh Dios mío, por vuestra esencia y yo, por disposición de vuestra soberana voluntad, permaneceremos, y nuestros años no tendrán término (2). Habéis querido que mi eternidad estuviera estrechamente unida á mi sér como lo está con el vuestro; así es que Vos y yo existiremos eternamente.

PUNTO II

Qué es la eternidad

Mal podrá la lengua expresar lo que el espíritu no puede alcanzar. Porque siendo la eternidad una de las perfecciones divinas es como Dios incomprendible. Sin embargo, si se la considera con relación á nosotros, es una duración que no tendrá término: nada ni nadie la podrá nunca medir: es una situación inmutable; nada la podrá nunca cambiar: duración sin término, situación inmutable: hé aquí las dos ideas más sencillas y verdaderas que puedo formarme de la eternidad.

1.º ¡Duración infinita! Nuestro siglo, ebrio de su ciencia, quiere sujetarlo todo al valor de las cifras, la extensión de la tierra, la profundidad de los mares, las distancias, las dimensiones, los varios movimientos de los astros..... sólo la eternidad no cae bajo sus cálculos. Tampoco podría forjar una duración aproximada, porque es imposible aproximarse á un término que no existe. Será acaso la eternidad una cadena de innumerables eslabones,

(1) Matth., XXV, 46.

(2) Ps. CI.

cada uno de los cuales esté formado por millones de siglos? Sí, es esa cadena; pero tiene por remate lo infinito. Agregad cuantos números os plazca, no aumentaréis ni un momento la eternidad; quitadle todos los números que queráis, no la disminuiréis de un solo instante. Es un camino inmenso por el cual se adelanta siempre y no se adelanta nunca. ¡Se podrá decir que un hombre al morir entra en la carrera de la eternidad, pero jamás podremos afirmar, que haya llegado á la tercera, á la cuarta, á la milésima parte de ella; ésta para él perseverará siempre intacta, como el mismo instante en que entró en ella!

¡Siempre! ¡jamás! Hé aquí las únicas palabras que expresan la duración de la eternidad. ¿Por cuánto tiempo aquel buen sacerdote será dichoso en el colmo de su bienaventuranza todo radiante de gloria? ¡Siempre!.... Y estotro infiel y malvado ¿por cuánto tiempo estará penando en el bátratro horrible reservado á los más grandes y obstinados pecadores? ¡Siempre!.... ¿Llegará un tiempo en que la eternidad sea menos deliciosa para los amigos de Dios y algo menos desesperada para sus enemigos? ¡Jamás!... ¿Cuándo disminuirán los puros é inefables goces, los transportes de alegría, los cánticos de triunfo de los primeros.... y los tormentos, los aullidos de los segundos? ¡Jamás!....

¡Oh siempre! ¡oh jamás! ¡oh eternidad! ¡Ah si pudiéramos comprender los secretos arcanos y las sublimes enseñanzas de estas palabras como las comprenden hoy los que la muerte ha separado de nosotros!

2.º *Situación inmutable.*—Donde caiga el árbol, allí quedará para siempre: *In quocumque loco ceciderit, ibi erit* (1). Puede preverse la caída; pero si es desgraciada, lo será para siempre. ¿Hacia qué lado pende el árbol?... ¿está muy inclinado?... ¿hace mucho tiempo? Pensémoslo bien, porque donde caiga, allí quedará, *ibi erit*. Después de cien, después de mil años, *ibi erit*; cuando el mundo haya terminado

(1) Eccles., XI, 3.

y nuevos cielos y una nueva tierra haya brotado de la nada *ibi erit*; pasarán tantos millones de siglos cuantas gotas de agua tiene el Océano, *ibi erit*.

La mutabilidad es el triste caudal de nuestra condición presente; la inmutabilidad es lo que nos aguarda en lo futuro: aquí las horas se suceden de un modo variable, allá todo es invariable y permanente; la noche no será interrumpida por la luz del día, ni ésta lo será por las espesas tinieblas de la noche; habrá una alegría sin alteración, y una pena sin consuelo: no hay que temer mudanza en el Cielo, como tampoco puede haber esperanza de cambio en el infierno. Los réprobos experimentarían algún alivio, si á la inmutabilidad se uniese la insensibilidad. ¡Pero no! continuamente y de un modo horriblemente sensible percibirán que su estado tan desgraciado no mudará jamás ni en lo más mínimo; de este modo acumulando, por decirlo así, en un solo punto todos los años eternos, los desgraciados réprobos serán oprimidos á cada instante bajo el peso de toda la eternidad....

¡Oh Dios mío, dadme siquiera un poco de fe, un poco de prudencia, un poco de valor y de espíritu de penitencia antes de entrar en la infinita é inmutable eternidad! Porque lo que yo sea el primer instante de franquear sus puertas, lo seré luego para siempre.

PUNTO III

Cuál será mi eternidad

Del mismo modo que en esta vida todos los hombres pertenecen ó á la ciudad de Dios ó á la del demonio, así en la otra vida todo el linaje humano se dividirá en dos eternidades; en la de los premios y en la de los castigos.

En la primera se reunirán todas las glorias y todas las alegrías sin la más leve mezcla de mal; en la segunda todos los dolores, todas las afrentas y desesperaciones sin ninguna sombra de bien. En una palabra, eternidad de paraíso con todo lo que de más

delicioso pueda concebirse; eternidad de infierno, con todo lo que hay de más espantoso. Hacia uno de estos dos términos me voy acercando continuamente: forzosamente he de caer en una de estas dos eternidades: *In hanc vel illam æternitatem cadeam necesse est* (1).

No hay término medio: si no consigo la corona de gloria reservada á los buenos sacerdotes, no podré evitar el eterno baldón de los malvados; ó siempre cerca de Dios contemplando su bondad y gozando cual fiel ministro de su misma gloria y felicidad, ó para siempre separado de Dios por un caos insondable, entregado á los tormentos más terribles, á las angustias más amargas, á la más rabiosa desesperación. O siempre entre los ángeles y santos para cantar las glorias de Dios y el himno de mi triunfo, ó siempre entre los demonios y condenados vomitando blasfemias y maldiciones!

Dios mío ¿cuál de estas dos eternidades me está reservada? No lo sé; sin embargo, sé que no disto de ellas más que un paso. *Sto ad littus æternitatis*. Una apoplejía fulminante, una tos, una emorragia..... hé aquí lo que puede lanzarme de repente en la eternidad.....

Pero yo sé además que estoy expuesto á perder la eternidad de los sacerdotes santos, y á caer en la de los réprobos. ¡Oh alma mía! ¿no te parece razonable y justo que á este tan importante asunto dediques de hoy en adelante todos tus cuidados y solicitudes aun á costa de toda clase de sacrificios? ¡Oh eternidad, exclama San Agustín, el que en tí medita y no se enmienda, ó no tiene fe, ó no tiene corazón! ¡Dios mío! hé aquí mi ocupación en lo porvenir: lavar con mis lágrimas las culpas pasadas, y mediante la práctica de santas obras, irme labrando una bienaventurada eternidad: *Cogitavi dies antiquos: et annos æternos in mente habui* (2).

(1) San Ambrosio. *in Ps.* 108.
(2) *Ps.* LXXVI, 6.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Hay una eternidad.* La razón me demuestra la inmortalidad de mi alma, y la revelación con la más clara evidencia me enseña la resurrección de mi cuerpo y la futura eternidad de todo mi sér: después de la sentencia del juicio final, *los réprobos irán al suplicio eterno y los justos á la vida eterna.* Sí, Dios mío, yo creo firmemente que después de esta vida, en la cual todo pasa, he de entrar en la eternidad en la cual nada pasa.

PUNTO SEGUNDO.—*¿Qué es la eternidad?* Con relación á nosotros es una duración sin término que nadie puede medir: es una situación siempre fija, que nadie puede variar. Duración sin término: cualquier número que se le añada no la aumenta; cualquier cantidad que se le quite no la abrevia. ¡Siempre! ¡jamás! hé aquí las palabras más á propósito para expresar la duración de la eternidad. Situación invariable; lo que yo sea al empezar la eternidad, eso seré siempre; pero ¿qué seré yo?

PUNTO TERCERO.—*¿Cuál será mi eternidad?* Todos los hombres en el otro mundo se dividirán en dos eternidades; la de las recompensas y la de los castigos; en la primera se hallarán todas las delicias, todos los consuelos..... en la segunda todos los sufrimientos, todos los desprecios, todas las desesperaciones. ¿Cuál será la mía? Lo ignoro. Lo que bien sé es que no hay más que un paso entre mi vida y la eternidad. ¡Oh siempre! ¡oh jamás! ¡oh cielo! ¡oh infierno!

MEDITACIÓN XXIV

De qué depende mi eternidad

- I. De mi vida.
- II. De mi vida tan breve.
- III. Tal vez de un solo momento.

PUNTO I

Mi eternidad depende de mi vida

Está escrito que el soberano Juez: *Reddet unicui-*